

Madres: hadas y brujas

Andrea Bárcena

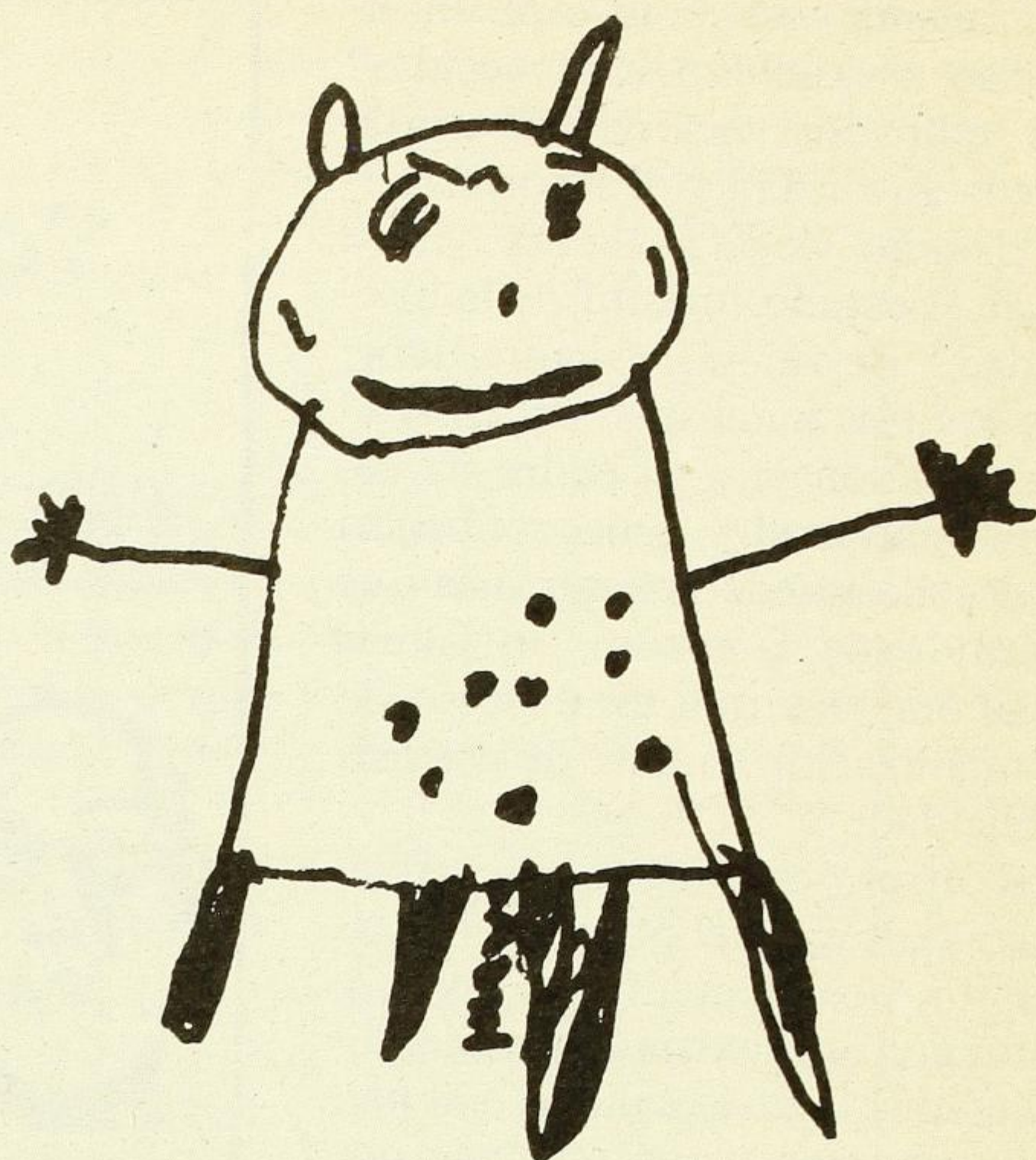
En el mundo afectivo y simbólico de los niños, las madres figuramos lo mismo como hadas dulces y todopoderosas que como brujas crueles y devoradoras. Esto parece ser una realidad psicológica insoslayable, por lo menos en las culturas occidentales.

Al principio de la vida, la enorme dependencia y la gran vulnerabilidad del niño respecto a su madre hacen que sientan por ella un amor desmesurado. Pero ese mismo amor, insaciable y posesivo, conduce al niño irremediamente a frustraciones constantes. Estas últimas hacen que el niño experimente también a su madre como un ser cruel que pudiendo darle *todo*, todo-el-tiempo, se niega a complacerlo.

Las continuas frustraciones (que son también experiencias necesarias para crecer y madurar psicológicamente) desencadenan, por su parte, la impresionante capacidad de odiar que posee el ser humano, desde sus primeros estadios de desarrollo. El niño odia a su madre cuando eventualmente le niega el pecho; la odia cuando sale de la casa y lo deja "abandonado"; la odia porque la madre no lo quiere solamente a él, sino que también prodiga su amor al padre y a los hermanos; el niño odia a su madre cada vez que ella lo enfrenta con un "no". Y ese odio que el niño siente a veces, lo *proyecta* psicológicamente sobre su madre; por eso también le teme. El niño la cree capaz de odiarlo con la misma intensidad de su propio odio.

Como resultado psicológico de esos sentimientos encontrados, el niño *desdobla* la imagen materna e *interioriza* a una "madre buena" junto con la imagen de una "madre mala" y vengativa.

Otros sentimientos infantiles que aparecen entre el odio y el amor hacia la madre, tales como la admiración, la envidia y, sobre todo, el temor de perder a la madre, generan otro deseo terrible en el simbolismo afectivo de los niños pequeños: ellos desearían comerse a su madre. De hecho, ese deseo se cumple simbólicamente, por medio de la identificación y de la introyección psicológicas. Al introyectarla, el niño logra así poseer a su madre para siempre, aunque no sin un costo emocional. Porque a lo largo de este proceso surgen en el niño sentimientos de culpabilidad, por sus impulsos destructivos, que le impondrán la presencia interna de una "madre mala", antropofágica y malvada —como él—, junto con la presencia de una "madre buena" con pechos llenos de leche a la que el niño decidió "comerse".



La demostración más contundente que —fuera del trabajo clínico— ofrecen los psicoanalistas a propósito de lo anterior, está en los cuentos clásicos de la literatura infantil. Un mismo modelo de relaciones madre-hijo se repite en las historias de muchas culturas, y permanece generación tras generación sin perder su capacidad de impactar a niños y adultos. Entre las más conocidas por nosotros tenemos la historia de Blanca Nieves, la de Hansel y Gretel, la de Cenicienta y la de La Bella Durmiente. (Algunas de ellas han sido analizadas con detalle por Marie Langer en su libro "Maternidad y Sexo").

Parece no haber remedio. Por más que nos esforcemos en ser *buenas madres*, las almas de nuestros hijos —y sobre todo las que nuestras hijas— estarán siempre habitadas también por una madre-bruja.

Los dones de la bruja

Pero esa realidad psicológica no es de ninguna manera insana. Por el contrario, puede decirse que una buena madre, en términos de la salud mental de sus hijos, es aquella que además de lograr su representación psicológica lo mismo como "hada" que como "bruja", permite y ayuda a sus hijos para que logren, por sí mismos, asimilar y trascender los encantos del hada, a la vez que dominar y vencer a la bruja.

Ser una buena madre significa no sólo hacer sentir a los hijos que se les ama muchísimo, que cuentan con la confianza y el apoyo incondicionales, significa también saber proporcionarles la oportunidad de enfrentarse con esa madre-bruja; porque esa es una oportunidad útil y necesaria a su proceso de individuación, de independencia afectiva y de autodetermi-